



Fotos: Kristin Hoebermann

David Lomelí

El ingeniero de la voz

por Daniel Lara

¿Cómo fue tu primer contacto con el mundo de la ópera?

Mi primer contacto con la ópera fue raro. Yo no he estudiado en el Conservatorio ni he ido a escuela de música alguna. Me gradué en ingeniería en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (el Tec). Esta universidad, entre sus muchas ventajas, posee un campus universitario con un enorme teatro con capacidad para 2,200 personas, una orquesta muy bien formada y además cuenta con fondos suficientes para lanzarse a hacer siempre cosas nuevas. Su director había sido cantante lírico y tenía la intención de hacer ópera con los estudiantes del Tec, y así fue como, con ayuda de capitales privados, logró becar a varios estudiantes y formar una compañía lírica conformada por alumnos de las carreras de medicina, abogacía e ingeniería. Yo fui el primero en anotarse y entrar a esta compañía. Puede decirse que así empezó todo...

¿A partir de qué momento consideraste la posibilidad de convertirte en un cantante lírico?

A los 18 años yo me pagaba mis estudios cantando en las producciones de la escuela. Recuerdo que hacíamos recitales y algunas comedias musicales como *Amor sin barreras*. La primera ópera que representamos fue *Bastien und Bastienne* de Mozart. A través de la universidad me inscribí en un programa de intercambio de un año de la Politécnica de Cataluña donde además tenía que estudiar música. Así llegue a Barcelona y, estando allí, tomé algunos de los cursos extraordinarios que ofrece el Teatro Liceo para cantantes foráneos.



En aquel entonces mi preparación musical era muy elemental, pues apenas conocía dos o tres arias. Recuerdo que en esas clases magistrales conocí a Montserrat Caballé y a José Carreras y ellos me alentaron mucho, diciéndome que tenía una voz importante y el don de poder de solucionar instintivamente algunos problemas que muchos cantantes tardan años en resolver. Creo que ése fue el momento en que me enamoré de la ópera y comencé a pensar seriamente en convertirme en cantante lírico.

¿Cómo tomó tu entorno familiar el hecho de dejar la ingeniería por el canto?

A mi padre le costó un poco aceptar este hecho, pero para mi madre no fue nada traumático. Después de mi experiencia en Barcelona yo volví a México para hacer el último año de mi carrera de ingeniero. Cuando faltaban pocos meses para terminar me surgió otra oportunidad de salir y me fui a Milán con otra beca de la escuela, y mientras terminaba mi carrera pude tomar clases en un programa para jóvenes asociado al Teatro alla Scala.

En este programa hice mi primera ópera semi- profesional: *Gianni Schicchi* y obviamente ya cuando regresé a México en mayo del

2004 a terminar mi carrera, una vez obtenido mi título de ingeniero les dije a mis padres: “Bueno, aquí tienen el título; ahora quiero cantar...”

Y entonces...

Bueno, a partir de ese momento viví una época de *saltimbanqui*. Durante un año y medio tuve una banda pop con la cual girábamos un poco por México y al mismo tiempo en los momentos libres que me quedaban cantaba ópera. Todo esto hasta que pude entrar a estudiar al programa de artistas jóvenes de la Ciudad de México de donde han salido cantantes como Rolando Villazón, Arturo Chacón, María Alejandres o Javier Camarena, quien hace poco debutó en el Metropolitan de Nueva York cantando el Barbero de Sevilla. Y allí pasé tres meses. En mi paso por este programa me di cuenta cuán deficiente era mi educación musical con respecto a los demás cantantes, y por ello siempre terminaba en el rincón en el árbol tres del coro. Mientras tanto, tratada de estudiar por fuera del programa hasta que tuve que renunciar porque se me habían acabado mis ahorros para vivir en la Ciudad de México.

En febrero del 2006, y ya de regreso en Monterrey, mi maestro

de dijo que había una posibilidad de audicionar con Plácido Domingo en Nueva York. Y allí fui. Cuando llegué vi que en realidad Domingo iba a audicionar a otros cantantes y que yo estaba, como se dice vulgarmente, “de colado”. De todos modos, y muy generosamente, me escuchó. Interpreté el aria ‘Che gelida manina...’ de *La bohème* e inmediatamente me ofreció trabajo en Los Ángeles y me mandó a su concurso Operalia.

En octubre de este mismo año aterricé en Los Ángeles y a finales de ese mismo mes gané Operalia en Valencia. A partir ese momento, todo fue muy rápido. Sin embargo, tanto Plácido Domingo como mi agente Matthew Epstein fueron muy cautos y conscientes de que, si bien yo tenía una voz, yo había crecido como ingeniero y cantante popular, y que por consiguiente debía estudiar música, hacerme un repertorio y ganar experiencia en el escenario, porque si bien yo había hecho conciertos de pop y obras musicales, yo no tenía ninguna experiencia trabajando con un director de escena, bailando y al mismo tiempo cantando con una orquesta enfrente. Por eso ellos decidieron mandarme dos años a Los Angeles para prepararme.

¿Cómo fue tu experiencia trabajando dando tus primeros pasos en la Ópera de Los Ángeles?

A mí me encantó. Imagínate que para mí, un mexicano, llegado a Estados Unidos con visa legal y seguro social, sin tener que cruzar la frontera como indocumentado, con un salario en dólares y viviendo en Beverly Hill en casa de una señora que me acogió muy generosamente: era una vida espectacular. Mis amigos fueron a verme en mi debut, en el que hice un papel pequeño en la ópera *Don Carlo* con cantantes de la talla de Ferruccio Furlanetto, Dolora Zajick y Salvatore Licitra, y con el maestro James Conlon en el foso.

Ocho meses después, estaba haciendo mi primer protagónico en la zarzuela *Luisa Fernanda*, nada menos que junto a Plácido Domingo de barítono. Todo era muy surrealista. Un año atrás era una estudiante de clases de ingeniería y ecuaciones diferenciales y ahora estaba cantando un rol principal con Plácido Domingo sobre el mismo escenario. Después de ganar Operalia, mi estadía en Los Ángeles me permitió hacerme de una madurez emocional para enfrentar la presión que vendría después, así como de la solidez mental necesaria para poder hacer una carrera como cantante de ópera, sobre todo teniendo en cuenta que ya desde el comienzo de mi carrera profesional mi nombre estuvo ligado al súper dios de la ópera, lo que no es poco responsabilidad.

En este momento de tu carrera, ¿en qué roles te sientes más cómodo?

Yo canto el repertorio lírico pleno: el Duque de Mantua en *Rigoletto*, Macduff en *Macbeth*, Nemorino en *L’elisir d’amore*, y también Rodolfo en *La bohème*, que para mí es un rol intermedio porque, si no tienes enfrente un director de orquesta que te ayude, es un rol pesado, como cantar Calaf en *Turandot*. También me gusta cantar Mozart y Rossini porque tengo la extensión necesaria para muchos de sus roles de tenor. La extensión es una parte de mi voz que gracias a Dios siempre está ahí.

Cuando sueñas... ¿qué personajes te gustaría cantar?

Mi compositor favorito es Donizetti. Yo encuentro que este compositor es ideal para mi voz. Tiempo atrás en Pittsburgh hice una versión de *Lucia di Lammermoor* con todos los cortes tradicionales abiertos. Mi voz respondió sin ningún problema tanto en el Mi bemol como en el Re natural opcional que exigía la partitura. Además, el director de orquesta —que había sido tenor— tenía un montón de cadencias y comprobé que mi voz respondía muy bien y sin ningún cansancio. Quedé muy satisfecho con el resultado. Pronto debutaré las partes de tenor de las “tres reinas” donizettianas: *Anna Bolena*, *Maria Stuarda* y *Roberto Devereux*.

También me encantaría cantar *La fille du régiment*, pero soy consciente que actualmente hay un cambio de moda con relación a esta ópera. Se buscan tenores más “rossinianos” que líricos con un agudo seguro para la parte de Tonio. Pero bueno, yo soy muy feliz cantando todavía mi repertorio, y ojalá que me dejen cantar un poco de Rossini: si no Almaviva en *Il barbiere di Siviglia* (un rol complicado porque exige mucha coloratura), al menos Arnold en *Guillaume Tell* o Idreno en *Semiramide*.

¿Cuáles son tus próximos compromisos?

Próximamente haré mi debut en Inglaterra en el festival de Glyndebourne, que es un lugar que me fascina y a donde me da mucho gusto de poder ir ahora a cantar. Allí haré *La bohème* en la producción de David McVicar, junto a dos jóvenes cantantes que acaban de ganar el concurso de Cardiff en los personajes de Marcello y Musetta. Será un elenco joven y lindo.

Cerraré esta temporada cantando nuevamente el Duque de Mantua que en el Hollywood Bowl con mi amigo el director Gustavo Dudamel, y posteriormente iré a Berlín, ciudad que visito cada año y en donde volveré a cantar Edgardo en *Lucia di Lammermoor*. Tengo en la agenda muchos Duques de Mantua, personaje

con el cual tengo previsto abrir la temporada de la Ópera de San Francisco.

¿Cuáles consideras que sean los rasgos diferenciales de tu labor como cantante?

Yo estudio un montón, soy un apasionado de la técnica y siempre estoy en busca de la mejora continua. Mira, en la Canadian Opera fue un logro cantar dos funciones del Duque con un solo día de descanso, en un escenario con una rampa empinadísima; no hicimos ni una barra de corte y no le saqué la vuelta a ningún piano, ni a ningún pasaje, ni a ningún agudo, y al terminar mi voz estaba entera. Para mí eso es muy importante. Ofrecerle al público siempre un alto nivel de calidad en lo que canto es algo que uno de mis objetivos en lo que a mi labor como cantante respecta.

A mí, la verdad, me desespera y me molesta ver a un cantante que sale al escenario a sobrevivir. Si alguien me ofrece un contrato me gusta salir a matar y también por lo mismo hay veces que, si no me siento en condiciones óptimas, prefiero no salir a cantar. Eso yo siento que el público lo agradece. Yo salgo y tomo un riesgo. Gracias a Dios los riesgos asumidos me han salido bastante bien hasta ahora. Me gusta respetar la tradición del tenor. ●